

III. TRADICIÓN, SAGRADAS ESCRITURAS Y EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Una diferencia importante entre la Iglesia Católica y el protestantismo es la manera en que ven la revelación divina. Para la mayoría de las iglesias protestantes, la única fuente verdadera de la revelación divina es la Biblia y su interpretación se deja a la conciencia de cada creyente. Para la Iglesia Católica, sin embargo, la revelación de Dios se encuentra en la Sagrada Tradición, entendida como la palabra revelada de Dios transmitida por la autoridad doctrinal viva establecida por Cristo en la Iglesia. Esto incluye tanto la tradición escrita (Sagrada Escritura) como la tradición no escrita recibida de Cristo y transmitida oralmente por los apóstoles y sus sucesores. La Iglesia fundada por Cristo sobre Pedro, y sólo la Iglesia, ha sido facultada por Cristo para interpretar Su enseñanza con autoridad en Su nombre (Cf. CIC 74-141).

¿Que es la Sagrada Tradición?

La palabra “tradición” proviene de la palabra latina tradere – entregar, transmitir. En este caso se refiere a la “transmisión” de la palabra revelada de Dios desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días. Si hemos de tomar la palabra “tradición” en el sentido amplio, podríamos decir que la Iglesia Católica deriva sus doctrinas solo de la tradición, entendiendo que la verdad revelada (escrita y no escrita) fue entregada por los apóstoles. San Pablo entendió así cuando escribió a los Tesalonicenses: *“Así pues, hermanos, manténganse firmes y conserven las tradiciones que han aprendido de nosotros, de viva voz o por carta”* (2 Tes 2,15).

Aunque una gran parte de esa tradición fue escrita y se encuentra en los libros de la Sagrada Escritura, la Iglesia Católica considera a la Tradición y la Biblia, no como dos fuentes diferentes de revelación, sino como dos medios diferentes de transmisión de la revelación de Dios que forman un único depósito de la fe. La Biblia, entonces, es una parte de la tradición, junto con las instrucciones escritas recibidas de Cristo y transmitidas por los apóstoles y sus sucesores.

Algunos autores se refieren a las doctrinas reveladas (escritas y no escritas) dictadas por los apóstoles y sus sucesores como el aspecto pasivo de la Tradición y, como aspecto pasivo, la autoridad doctrinal viva (el Magisterio) establecido por Cristo para asegurar que Su enseñanza sería transmitida exitosamente a las siguientes generaciones en su integridad y sin error. a tener éxito las edades en su integridad y sin errores.

CIC 80. Una fuente común...

La Tradición y la Sagrada Escritura “están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin” (DV 9). Una y otra hacen presente y fecundo en la Iglesia el misterio de Cristo que ha prometido estar con los suyos “para siempre hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). **CIC 81.** Dos modos distintos de transmisión

“La Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo”.

“La Tradición recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores; para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación”

Para comprender la enseñanza de la Iglesia Católica en lo que respecta a la Sagrada Tradición, debemos tener en cuenta lo siguiente:

- a) la revelación pública cesó con Cristo y los apóstoles y evangelistas que registraron sus enseñanzas;
- b) Cristo encargó a Sus apóstoles a predicar;
- c) Cristo estableció una autoridad de enseñanza viva para salvaguardar la integridad del mensaje evangélico y aplicarla con autoridad divina para los siglos venideros;
- d) El desarrollo del mensaje del Evangelio no es una nueva doctrina.

Nuestro Señor no sólo encargó a los Apóstoles ir a predicar a todo el mundo el mensaje de salvación que les había dado, sino que además Él les confirió la autoridad de “atar y desatar” en su nombre, para que *“lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”* (Mt 16,19). Asimismo les aseguró: *“Quien a ustedes escucha, a mí me escucha; y quien a ustedes rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado”* (Lc 10,16).

Inmediatamente después de enviar a Sus apóstoles a predicar el evangelio a todas las naciones, nuestro Salvador afirmó: *“He aquí yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28,20). Con estas palabras Aseguró a los apóstoles que Él estaría con ellos (a través del Espíritu Santo que Él enviaría) para que pudieran transmitir Su doctrina sin errores hasta el final de los tiempos. Pero puesto que los apóstoles no iban a vivir tanto tiempo, la promesa de Cristo es válida para sus sucesores, los responsables de la Iglesia en los siglos venideros. Así, hasta el final de los tiempos, los sucesores de los apóstoles compartirán la autoridad doctrinal conferida por Cristo a los apóstoles, y la guía del Espíritu Santo que El prometió.

CIC 84. El depósito de la fe confiado a la totalidad de la Iglesia

“El depósito sagrado” (cf. 1 Tm 6,20; 2 Tm 1,12-14) de la fe (*depositum fidei*), contenido en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura fue confiado por los apóstoles al conjunto de la Iglesia. “Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus pastores, persevera siempre en la doctrina apostólica y en la unión, en la eucaristía y la oración, y así se realiza una maravillosa concordia de pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida” (DV 10). **CIC 171.** La Iglesia, que es “columna y fundamento de la verdad” (1 Tim 3,15), guarda fielmente “la fe transmitida a los santos de una vez para siempre” (Judas 3). Ella es la que guarda la memoria de las Palabras de Cristo, la que transmite de generación en generación la confesión de fe de los Apóstoles. Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de la fe.

San Pedro, hablando de las epístolas paulinas, dice: *“en ellas hay cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente – como también las demás Escrituras – para su propia perdición”* (2P 3,16).

La Palabra de Dios –enseña el mismo Apóstol– no puede caer en manos de la interpretación individualista: *“ante todo tened presente que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia; porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios”*. (2P 1, 20-21).

CIC 85. El Magisterio de la Iglesia

“El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escritura, ha sido encomendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo” (DV 10), es decir, a los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma. **CIC 86.** El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído (DV 10).

Y esto dicen las Escrituras:

“El primer libro lo dediqué, Teófilo a todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue levantado a lo alto.” Hechos 1,1-2

“Os hago saber, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual también sois salvados, si lo guardáis tal como os lo prediqué... Si no, ¡habrías creído en vano! Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las escrituras.” Hechos 15,1-4

“Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo.” Hechos 20:28

“Ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia” (2 Pedro 1,2°).

La Iglesia, como madre y maestra, es la auténtica intérprete y formadora a través de sus pastores.

Lee la Biblia: Hechos 2, 42; Timoteo 4, 1-5